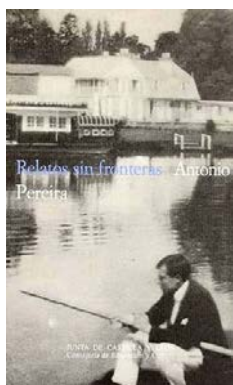


La enormidad de Pereira

E. KEUDELL

Título: Relatos sin fronteras Autor: Antonio Pereira Edita: Junta de Castilla y León. 1998. 120 páginas

Mientras que los franceses ya estarán disfrutando de la traducción de *Las ciudades de Poniente*, el maestro Pereira nos engrandece a los de acá con su enormidad cosmológica.



Diecisiete joyas del difícil arte del cuento componen *Relatos sin fronteras*, encabezado el volumen por unas entrañables *Confesiones del autor*. Arranca después con *Palabras, palabras para una rusa*, esencia del humor del caballero que subyuga a fuerza de tono de voz a una señora rusa. Supera así la barrera del idioma de manera fantástica. Un tal *Lourido* orilla el terrorismo a través de su manía de tirar del elástico del sostén de las damas. En *El sedentario*, el solterón, anfitrión excelso, guarda un vino de origen sorprendente.

A estas alturas, el lector ya estará metido en los escenarios de los cuentos, percibiendo los perfumes, los humos o la tersura de la espalda de una señora.

En *Las cordobesas sueñan con el Danubio*, Pereira libera a las mujeres, a las que reconoce cual soñadoras atadas a una rutina tan grande como el Guadalquivir. *La aventura*, que se diría borgiana y extracto de la duda de toda la obra de Bioy Casares, demuestra la amplitud de registros de Pereira. Principio de una historia viene a ser un pedazo perfecto de la perfección y lleva al lector a levantar la vista tras el punto final o, lo que ya es grave, a pasar una página de la vida tras semejante revelación.

Y con más efecto que una manifestación antiburocrática, en *La embajada toscana* la política protocolaria trastabilla en su sitio, o sea, a la orilla del ridículo, que es el destino ineluctable del poder. Tenemos en *La guerra sucia* un argumento muy aplicable a los centenares de vertederos incontrolables de esta región. El último

cuento, de veinte líneas, termina de esta manera: «...porque a los escuchadores de historias nos resulta más fácil aceptar lo enorme que lo mediano».

Naturalmente, señor Pereira, porque para los admiradores de usted, lo suyo mediano nos resulta enorme; y ya no digamos lo enorme. En conclusión, haga el favor de no tirar sus manuscritos. Uno piensa en los hijos y en los hijos que de esos hijos vengan.